

Una alternativa para la educación popular en la España del siglo XVIII: el *método uniforme* del Padre Felipe Scio¹

Por Javier Laspalas Pérez
Universidad de Navarra
[JLaspalaf@maill.cti.unav.es]

(Este artículo fue originalmente publicado en la Revista Española de Pedagogía, Año LII, nº 199, septiembre-diciembre 1994)

Resumen

Felipe Scio es una personalidad representativa de la educación y la cultura española durante el período de la Ilustración. Su traducción de la Biblia y sus relaciones con Carlos III son bien conocidas. Sin embargo, Scio, como miembro de la Orden de las Escuelas pías, tenía que actuar como educador y pedagogo. Su mayor logro en este campo, el libro titulado *Método uniforme para las escuelas*, cuya elaboración y publicación supervisó, es una fuente esencial para el estudio de las escuelas de primeras letras de los escolapios españoles. Este artículo consta de dos partes: en la primera se describen objetivos y las partes de la obra, y en la segunda se analiza su contenido, prestando especial atención a las normas didácticas y organizativas de las escuelas elementales.

Palabras clave: Enseñanza elemental, organización escolar, escolapios, Ilustración.

Abstract

A pattern for the popular education in the Spain of eighteenth century: the *uniform method* of the father Felipe Scio

Felipe Scio is a representative personality of Spanish culture and education during the Enlightenment period. His translation of the Bible and his close relations with Charles the Third are well known. However, Scio, as member of the pious schools order, had also to act as educator and pedagogue. His major achievement in this field, the book titled *Método uniforme para las escuelas* («Uniform method for schools»), whose composition and publication he had supervised, is an essential source for the study on piarist education at elementary level in Spain. This paper consists of two parts: the first one, describes the goals and parts of this work; in the latter, we make an analysis of its content, specially focused on didactic and organisational norms for elementary schools.

Key words: Elementary education, school organisation, piarists, Enlightenment.

Una alternativa para la educación popular en la España del siglo XVIII: el *método uniforme* del Padre Felipe Scio

Dentro del rico panorama de la educación española en la época ilustrada, brilla con luz propia el proyecto y la acción educativa de las *Escuelas Pías*, cuyos maestros constituyen la avanzadilla —tanto en lo relativo a la calidad de educación como en el terreno metodológico— de los que trabajan en la educación popular.

La orden calasancia, empeñada desde sus orígenes en la renovación y en la mejora de sus procedimientos de enseñanza, dentro siempre de una estricta fidelidad al espíritu de San José de Calasanz, alcanza en nuestro país en la segunda mitad del siglo XVIII un momento de gran esplendor, cuando, amparada por el favor de la Corona, se expande por toda la nación y, al mismo tiempo, establece con precisión y coherencia un programa educativo destinado a pervivir durante buena parte del siglo XIX. Uno de los documentos de más alcance en los que queda plasmado dicho modelo de educación es el *Método uniforme para las escuelas* (1780)², cuya elaboración y redacción fue supervisada por el padre Felipe Scio (1738-1796), siendo superior de la orden en la provincia de Castilla³.

1. Objetivos y Estructura del «Método Uniforme»

Como declara el propio Scio en el prólogo, la elaboración de la obra ha estado presidida por una doble intención: recoger la tradición y el buen hacer de la orden en el terreno de la enseñanza de primeras letras, y darle una formulación precisa y estable, que se concretaría en el establecimiento y la adopción de un «método sólido, fácil y uniforme». De ese modo se alcanzarán dos objetivos: adelantar en el «modo de enseñar con más facilidad, mayor aprovechamiento y menor tiempo», y mantener y fortalecer la uniformidad —una de las señas de identidad más importantes de la orden, que le permite no apartarse de las directrices fundacionales—, «siendo una misma la enseñanza, no sólo en la substancia, sino también en el orden y disposición material». Hay, pues, una doble preocupación, en cierto modo paralela a la de buena parte de los ilustrados españoles que buscan reformar la enseñanza: mantener lo valioso de la

tradición, que es mucho y fundamental, e introducir al mismo tiempo mejoras, encaminadas sobre todo a acrecentar la eficacia en la instrucción.

El contenido de la obra es sumamente variado y nos trasmite una imagen exacta y detallada de los diversos elementos que componían la educación promovida por los escolapios. Podrían distinguirse las siguientes partes: a) un Prólogo en el que se explican los *motivos* de la elaboración de la obra y los *objetivos* que se persiguen con su publicación; b) una serie de «*Principios o máximas fundamentales*» —ocho en total—, en los que debe basarse la acción de los maestros (pp. 1-2); c) un pequeño tratado de *urbanidad*, que consta de 19 puntos y lleva por título: «Breves reglas y prácticas más comunes de política, a que debe acostumbrarse un niño desde que comienza a usar de su razón, acomodadas para los jóvenes que acuden a nuestras Escuelas, las cuales se deberán leer en ellas todos los sábados» (pp. 2-6); d) una serie de normas para la educación en la *piEDAD*: «Breves fórmulas, con que los niños podrán hacer sus preces más ordinarias, tomadas de las que la Iglesia prescribe para los Fieles, pero puestas en vulgar, para que entiendan lo que oran hasta que estén en edad de poderlas percibir en la lengua de la misma Iglesia» (pp. 7-11); e) un conjunto de normas relativas al *contenido* de la *enseñanza elemental* y a los *métodos* de instrucción que se han de emplear en ella («Método que deben observar los maestros en las Escuelas de primeras letras»), divididas en varias secciones: 1) «Escuela de Cartilla» (pp. 11-15); 2) «Escuela de Deletrear» (pp. 15-18); 3) «Escuela de Leer» (pp. 18-21); 4) «Escuela de Escribir» (pp. 22-32); 5) «Breves elementos de la ortografía o recta escritura Española, acomodados a la capacidad de los niños que aprenden a escribir» (pp. 33-42); 6) «Escuela de aritmética» (pp. 42-3); y 7) «Escuela de Gramática Castellana» (pp. 43-45); f) un apartado sobre el modo de realizar los *exámenes públicos*, característicos de los colegios escolapios: «Academia pública de Doctrina Christiana y modo de elegir al Príncipe de ella» (pp. 45-48); y g) un anexo de muestras caligráficas compuesto por 15 láminas. Estamos, pues, ante un breve tratado de pedagogía en el que se dan instrucciones, de aplicación obligatoria en las Escuelas Pías de la provincia de Castilla, sobre el modo de

proceder en todos los ramos y todos los aspectos —en especial el «metodológico»— de la enseñanza elemental.

2. Análisis del contenido pedagógico

1.1. Principios pedagógicos y máximas de actuación.

Aunque el *Método uniforme* es sobre todo un tratado de didáctica y de organización escolar para las escuelas de primeras letras, es posible encontrar en él algunos principios y consejos pedagógicos de carácter general, casi siempre máximas de educación muy habituales en la pedagogía de la época. Una de ellas es la insistencia en la necesidad y el valor del ejemplo, que «es el que mejor persuade». Por ese motivo, el maestro «ha de aplicar la mayor atención para que en sus acciones y palabras no se note cosa que pueda perjudicar (*a los niños*) en las costumbres o que desmienta su doctrina» (p. 1). Otra convicción muy difundida entre los tratadistas pedagógicos es que, en la educación, es imprescindible combinar sabiamente los efectos del amor que el maestro siente hacia sus discípulos, con los del respeto de éstos por su profesor. En el *Método uniforme* esta idea se expresa del siguiente modo: «Sin perder de vista la gravedad, que es tan necesaria en un maestro, ha de procurar ganarles la voluntad, atraerlos con blandura y sobrellevar las faltas, que son tan propias de aquella edad» (p. 1). Otra máxima de actuación que se cita en la obra —en este caso, parafraseando una célebre frase de Juvenal— es que «se debe a los niños un sumo respeto y reverencia» (p. 1).

Una aplicación concreta de los dos principios citados se percibe en la actitud que se recomienda a los maestros en el tema de los castigos. En primer lugar, se aspira abiertamente a suprimir el castigo, o al menos a reducir su presencia al mínimo indispensable, sin usarlo nunca como acicate para el estudio y reservándolo siempre para las faltas contra la moral:

La paciencia, el celo, la aplicación, varios ardidés y medios que dicta la prudencia y el buen juicio, le quitarán enteramente la ocasión de castigarlos, y le darán mil arbitrios para excitarlos al estudio. El castigo, particularmente vergonzoso, quede reservado para las costumbres y escandalosos. Éstos, si avisados y castigados una vez, no enmendasen, sean excluidos como perjudiciales de la compañía de los otros (p. 2).

Se advierte también seriamente a los maestros que deben conservar en todo momento la afabilidad en el trato con los alumnos:

Esté siempre muy sobre sí, reprimiendo su genio en los lances necesarios, para no dar el menor indicio de ira o de otra pasión dominante, que suele ser muy perjudicial en la enseñanza. Se abstendrá de llamarlos por apodos, de tratarlos con vilipendio y de usar palabras que sean muy sensibles o les hagan muy despreciables a los otros (pp. 1-2).

Otro de los rasgos del buen maestro sería su celo por facilitar lo más posible el aprendizaje del alumno:

Para que el estudio sea más llevadero a los que lo miran como carga insoportable, debe el maestro aligerárselo, dándoselo todo muy desmenuzado y digerido. Para lo cual ha de llevar por máxima fundamental de su enseñanza que el trabajo ha de ser todo suyo, y que no debe perdonar a la fatiga y diligencia a trueque de suavizarles lo escabroso del camino y de que entren por él sin repugnancia (p. 2).

Deben ser por ello los maestros con sus alumnos «incansables en advertirles los defectos y corregirles (...), pero con caridad, humanidad y paciencia» (p. 30).

Un poderoso recurso, que viene a unirse a los ya indicados, es la emulación (pp. 21 y 32). En cada una de las diversas escuelas en que queda dividida la enseñanza, se introduce, por un lado, la competición entre los propios alumnos para obtener distinciones y premios, y, por otro, la censura de los que se distraen o no procuran aprovechar la enseñanza. La máxima expresión del afán de emulación que se pretende promover son los exámenes públicos anuales (pp. 32 y 45ss), cuyo ceremonial se describe con gran lujo de detalles, y que culminan con la elección de un alumno como «Príncipe de la Escuela».

2.2 . *Los grandes objetivos de la educación*

El *Método uniforme* nos permite también conocer cuáles eran las metas últimas a las que los escolapios pretendían conducir a sus alumnos. De acuerdo con el prólogo, los elementos básicos del ideal de educación que se pretende alcanzar serían: «la piedad y religión, la urbanidad y crianza política, y las letras, proporcionadas a la edad de los niños y las circunstancias de cada uno». Es decir, una formación de tipo religioso y de

carácter a un tiempo, intelectual y moral —la *piedad*—; y una formación de tipo humano, compuesta por un elemento de carácter moral —la *urbanidad o crianza*— y por otro de cariz intelectual —las *letras*. Para la educación en la *piedad* y la *urbanidad*, a diferencia de lo que sucede con las *letras*, se considera indispensable que el alumno cumpla fielmente —cuando esté en su hogar o en sociedad— con una serie de normas muy concretas, que se detallan con gran precisión y regulan toda su conducta, desde que se levanta hasta que se acuesta.

La formación en la *piedad*, no sólo es la más importante y lo primero que se ha de buscar (p. 1), sino que, además, no puede estar disociada del resto de la enseñanza. Por ello, además de explicar todos los días el catecismo a sus alumnos, el maestro «no ha de dejar pasar ocasión en que no procure inculcarles alguna máxima perteneciente a las costumbres» (p. 1). Junto con el conocimiento del catecismo —que se enseña todos los días mañana y tarde por los célebres compendios de Ripalda y Fleury— y el respeto a la moral cristiana, se cuida especialmente la oración. No sólo es importante que los alumnos acudan a las ceremonias religiosas y reciban adecuadamente los sacramentos, sino que además se les prescribe toda una serie de prácticas piadosas que deben realizar en sus casas (pp. 2-11). El objetivo es enseñar a orar con naturalidad y en todas las circunstancias, pero sobre todo conseguir que tal cosa se haga con aprovechamiento y devoción, para lo que se aconseja «que las palabras sean las menos que se pueda, acompañadas de tanto sentimiento interior que sea posible; (...) que más vale poco y bien orado, que mucho con distracción y como de sola memoria» (p. 3).

Especial dignidad e importancia tiene también la *urbanidad*, en la medida en que prepara para la vida en sociedad, pero también porque está asociada con la educación religiosa, dado que las prácticas piadosas marcan el ritmo de la vida diaria del buen discípulo. El espíritu y el contenido de la *urbanidad* se describe en la siguiente máxima para los maestros:

Y como todos sus discípulos se crían para ser ciudadanos o miembros de un cuerpo político, ha de ser también una de sus miras principales que puedan serlo útiles. Y así, con un método breve

y claro, les explicará los oficios de la sociedad humana; el respeto que se debe a Dios, a la Religión y a sus Ministros; la obediencia y sumisión a los Príncipes, a los Magistrados, etc. Finalmente, la obligación de los hijos para con los padres, de unos ciudadanos con otros; la fidelidad en los contratos; los daños que resultan de la ociosidad y de no aplicarse a ganar el sustento por medios lícitos y decentes (p. 2).

Si analizamos el pequeño tratado en el que se describe la conducta del alumno ideal que incluye la obra (pp. 2-6), es posible distinguir en la *urbanidad* elementos de diverso tipo y procedencia. En primer lugar, hemos de insistir en el evidente interés en que las devociones y las oraciones estén presentes, de un modo natural pero insistente, en la jornada del alumno. Junto a este elemento de orientación estrictamente *religiosa*, es posible señalar la presencia de otros relacionados con la formación *humana*.

Importa ajustarse a las normas de cortesía en la mesa, en el vestido, en la higiene, en las relaciones con los superiores, los iguales y los inferiores (aspecto especialmente importante en una sociedad estamental, como la de la época). Sin embargo, este aspecto de la *urbanidad* de carácter puramente *social*, se halla estrechamente vinculado con el aspecto que podríamos denominar *moral*. Lo esencial en este caso es desarrollar las virtudes de carácter cívico, aquellas que tienen especial trascendencia para la vida social, entre las cuales se encuentran: la laboriosidad, la sinceridad, el respeto a las autoridades de todo tipo (políticas, religiosas, familiares, etc.), una actitud de prudente distanciamiento respecto de los que quebrantan las normas morales y cívicas,...

En último extremo, se persigue formar una persona *modesta* («comedida», «moderada»), de cuya conducta y cuyos ademanes haya desaparecido cualquier indicio de exceso. Por ejemplo, se insiste varias veces en que el niño nunca se comporte de modo escandaloso (p. 4). Semejante apariencia sería el reflejo y la consecuencia de un trabajo paralelo de configuración de la personalidad, de tal manera que lo exterior no sería sino el reflejo de lo interior. Podría aplicarse aquí una frase de la obra sobre el aseo personal: «que la inmundicia exterior y sensible casi siempre indica la interior del ánimo» (p. 3). Es decir, una conducta y unos modales desarreglados revelarían una educación imperfecta y, en los casos más graves, viciada.

El último elemento de la educación diseñada en la obra —las *letras*— se corresponde con el currículo que la escuela de primeras letras pretende transmitir. En él figuran los contenidos habituales de la enseñanza primaria de la época —la *lectura*, la *caligrafía* y la *aritmética* elemental—, pero también dos asignaturas relativamente nuevas: la *ortografía* y la *gramática castellana*. La *ortografía* es entendida como un complemento natural del aprendizaje de la *lectura* y *caligrafía*:

Estamos persuadidos que un buen maestro debe enseñar a sus discípulos, no sólo la proporción, hermosura y limpieza de las letras o caracteres, sino también (o aún más) la recta disposición, distinción y uso de las mismas letras de los vocablos y de las sentencias enteras (...), para que desde luego se vayan los niños acostumbrando a la distinción, puntuación y signos correspondientes, que expresen las pausas y varios sentimientos que deben indicar cuando se lee con inteligencia (p. 33).

La «Escuela de gramática castellana» se ocuparía enseñar «nuestra lengua por reglas y preceptos», para que, «después de haber aprendido los niños en las antecedentes las primeras letras, se instruyan con método en los fundamentos de la lengua castellana, que les enseñarán a dar razón de lo que hablan y escriben» (p. 44)⁴. Se trata, además, de una enseñanza que está a medio camino entre la de tipo elemental y la de nivel medio. Está destinada, por una parte, a los que van cursar estudios de latinidad y, por otra, es concebida como la última etapa de la enseñanza de primeras letras (p. 44).

En cuanto a la *caligrafía* (pp. 22-3), hay que decir que el *Método uniforme* se propone, como se ha hecho en otros países europeos, eliminar la variedad de grafías y sustituirla por la enseñanza de un único tipo de letra o «carácter nacional», que está a medio camino entre la bastarda y la redondilla. Para lograrlo se ofrece «un compendio de todo lo más arreglado que se encuentra en lo que han dejado escrito los mejores maestros de esta noble facultad, junto con lo que una larga y continuada experiencia nos ha hecho observar, para que se logre que los niños escriban con perfección y facilidad». No estamos, pues, ante un tratado erudito sobre el arte de escribir. El objetivo es «proporcionar medios fáciles y breves para la enseñanza de los niños», e implantar un

modelo de escritura que —como se señala en el prólogo a la obra— se distinga por su «facilidad, sencillez y claridad».

La *aritmética* (p. 43) ocupa un lugar secundario en el currículo propuesto, ya que «en nuestras escuelas —se advierte—, frecuentadas por la mayor parte de niños pobres, se contentan por lo común con las primeras y fundamentales operaciones», aunque los alumnos que demuestren especial capacidad e interés pueden profundizar más en la materia.

2.3. Normas didácticas y de organización escolar

El *Método uniforme* es ante todo un texto normativo que determina la estructura de las escuelas de primeras letras, los procedimientos de enseñanza que emplearán sus maestros y el horario al que éstos deberán ajustarse. En concreto, se diseña una escuela organizada de acuerdo con los presupuestos básicos del método simultáneo: la división de los alumnos en grupos homogéneos o «clases», tomando como criterio el nivel de aprendizaje alcanzado; y la adopción de un material didáctico común para todos los alumnos de una misma «clase».

El resultado de todo ello ha de ser la introducción de un determinado *orden* en las escuelas, que afectará tanto a los aspectos más «superficiales» o evidentes —al evitar el bullicio y la confusión propias del método individual— como al más profundo: la instauración de un método de enseñanza eficaz, que permita a los alumnos aprender muchas cosas, en el plazo de tiempo más breve y con la menor cantidad de maestros posible.

Para lograr tal objetivo se divide la enseñanza de primeras letras en dos etapas, que quedan repartidas en seis «Escuelas», en cada una de las cuales los alumnos se hallan distribuidos en «clases». Antes de analizar el modelo de organización propuesto, conviene, sin embargo, advertir que el significado de los términos *escuela* y *clase* en el *Método uniforme* y en la pedagogía época es distinto del que tienen hoy en día. La

palabra *escuela* designa al conjunto de alumnos que comparten una misma aula y están bajo la responsabilidad de un único maestro, a pesar de haber alcanzado niveles de aprendizaje diversos. La *clase* está constituida por un grupo de niños cuyos conocimientos y habilidades son relativamente homogéneos, lo que permite que sigan conjuntamente las enseñanzas del maestro.

La primera etapa del currículo tiene como centro la enseñanza de la lectura, que tiene lugar en tres escuelas diferentes: la «Escuela de cartilla», la «Escuela de detrear» y la «Escuela de leer». La «Escuela de Cartilla» queda dividida en diez clases. En las cuatro primeras, los alumnos aprenden por partes de las letras del abecedario. En la quinta, se ejercitan en recordarlas todas juntas. En las tres clases siguientes se aprende a silabear: se empieza por las sílabas directas (ba, be, bi...) (6.º clase), después vienen las inversas (ab, eb, ib...) (7.º clase) y se concluye con las mixtas (bla, ble, bra, bre...) (8.º clase). En la novena clase los alumnos asimilan un grupo de sílabas que, de acuerdo con la experiencia, son consideradas las más difíciles. En la décima clase se aprende a silabear un texto cuyas sílabas están divididas por guiones. La «Escuela de deletrear» se compone de seis clases. En la primera clase se sigue el mismo método que en la última de la «Escuela de cartilla». En la segunda, los alumnos aprenden los signos de puntuación básicos. En las tres clases siguientes los niños aprenden a silabear en un libro preparado al efecto y dividido en tres secciones: la tercera clase utiliza el prólogo, cuyas sílabas están separadas por guiones; la cuarta clase emplea la primera parte, escrita en letra normal; la quinta clase maneja la segunda parte, impresa en letra cursiva. En la sexta clase se encuentran los alumnos que perfeccionan lo ya aprendido y se preparan para acceder a la «Escuela de leer». La «Escuela de leer» queda dividida en siete clases. En la primera se aprenden los signos de puntuación, los números —tanto arábigos como romanos— y las abreviaturas. En las restantes el alumno se ejercita en la lectura en un libro, impreso en diversos tipos de letra, que se halla dividido en seis secciones, una para cada clase⁵.

La segunda etapa de la enseñanza está constituida por tres escuelas que enseñan tres materias distintas e independientes entre sí: la «Escuela de escribir», la «Escuela de aritmética» y la «Escuela de gramática castellana». La «Escuela de escribir» no está dividida en clases, puesto que el método es individual: los alumnos se dedican a imitar muestras caligráficas mientras el maestro les vigila y aconseja. Al final de la clase corrige los trabajos de los alumnos. Lo fundamental, en este caso, no es la secuenciación de contenidos, sino el establecimiento de una serie de ejercicios cada vez más complejos que el alumno debe ir superando. Los alumnos que escriben con cierta soltura se preparan para ingresar en la siguiente escuela, pero no abandonan la caligrafía. La «Escuela de aritmética» debe dividirse al menos en cinco clases: las de numerar —conocimiento de los números y de la tabla—, sumar, restar, dividir y multiplicar. Si hubiera muchos alumnos, cada una de ellas debería dividirse en varios grupos. Finalmente, los alumnos ingresan en la «Escuela de gramática castellana», que tampoco está dividida en clases, pero sin dejar de instruirse en la caligrafía y la aritmética. Como se observa, en este segundo ciclo de la enseñanza elemental la materia en torno a la que se organiza la docencia es la *caligrafía*. De hecho, los alumnos de aritmética o de gramática castellana siguen perteneciendo a la «Escuela de escribir», aunque se ausenten de ella periódicamente para recibir una instrucción de otro tipo.

Existen también dos áreas formativas, que podríamos denominar «transversales», en la medida en que se les presta atención en todas y cada una de las escuelas: la *educación religiosa* —en su doble vertiente intelectual (doctrina cristiana) y práctica (normas morales, oración, liturgia, sacramentos...)— y el aprendizaje de la *urbanidad*. En ambos casos también se establece una progresión, pero la unidad básica no es la clase sino la escuela, puesto que todos sus los alumnos siguen conjuntamente las explicaciones del profesor, que deben estar acomodadas a su capacidad. Por otro lado, los textos seleccionados para la enseñanza de la lectura están dispuestos de modo que los alumnos «puedan aprender al mismo tiempo cristiandad y política» (p. 17).

El ciclo escolar y el modelo de escuela elemental descritos se recogen gráficamente en el Cuadro I.

Cuadro 1

Organización de una escuela elemental según el Método Uniforme del Padre Felipe Scio (1780)
<p>ETAPA I: APRENDIZAJE DE LA LECTURA</p> <p>«Escuela de Cartilla» Clases I-IV: aprendizaje por partes de las letras del abecedario. Clase V: aprendizaje conjunto de todo el abecedario. Clase VI: aprendizaje sílabas directas. Clase VII: aprendizaje sílabas inversas. Clase VIII: aprendizaje sílabas mixtas. Clase IX: aprendizajes las sílabas consideradas como más difíciles. Clase X: silabeo de un texto dividido por guiones.</p> <p>«Escuela de deletrear» Clase I: silabeo de un texto dividido por guiones. Clase II: aprendizaje de los signos de puntuación básicos. Clase III: silabeo de un texto dividido por guiones. Clase IV: silabeo de un texto no dividido por guiones y en letra normal. Clase V: silabeo de un texto no dividido por guiones y en letra cursiva. Clase VI: lo mismo y preparación para el ingreso en la siguiente escuela.</p> <p>«Escuela de leer» Clase I: aprendizaje de los signos de puntuación, números y abreviaturas. Clases II-VII: lectura en un libro dividido en seis partes.</p> <p>ETAPA II: APRENDIZAJE DE LA ESCRITURA</p> <p>«Escuela de escribir» Una sola clase. Aprendizaje y enseñanza individuales.</p> <p>«Escuela de aritmética» Clase I: aprendizaje de los números y de la tabla. Clase II: aprendizaje de la suma. Clase III: aprendizaje de la resta. Clase IV: aprendizaje de la multiplicación. Clase V: aprendizaje de la división.</p> <p>«Escuela de gramática castellana» Una sola clase. Aprendizaje y enseñanza colectiva, pero pocos alumnos.»</p>

La compleja organización escolar que acabamos de describir parte de varios principios. Se trata, en primer lugar, de un sistema de enseñanza basado en un minucioso análisis de los conocimientos y las habilidades que el alumno ha de adquirir, pues «el orden de doctrina pide que precedan las ideas generales a las particulares, lo

simple a lo compuesto, y lo más sencillo a lo más difícil; y éste es el método que debe observar todo buen maestro» (p. 11). Así, será posible establecer una secuencia de actividades y de tareas en la que no se den saltos bruscos, lo que permitirá alcanzar dos objetivos: por una parte, los niños aprenderán más fácilmente porque lo harán de modo gradual y, por otra, será posible distribuirlos en grupos homogéneos a los que el profesor podrá instruir conjuntamente.

Para que semejante estrategia resulte eficaz es necesario respetar una norma básica: que el alumno no pase a la siguiente etapa de aprendizaje —a la «clase» inmediatamente superior— sin haber asimilado adecuadamente los conocimientos y las habilidades propias de aquélla en la que se encuentra. Hay que evitar las prisas: el maestro «debe tener gran cuidado de que (*los alumnos*) no pasen fuera de sazón. Y esta regla la observarán escrupulosamente los maestros en sus respectivas escuelas. La misma experiencia les habrá enseñado más de una vez cuánto perjuicio y qué malas resultas traen para lo sucesivo estos pasos y saltos intempestivos» (p. 15). El maestro no puede forzar el ritmo del alumno, e incluso puede ser conveniente contener su afán de aprender:

ha de cuidar principalmente el maestro de no forzarlos a que lean hasta que ellos naturalmente y sin violencia, con el mismo ejercicio, vayan insensiblemente soltándose y leyendo. Aquí milita la misma razón que en el escribir: la pluma, con el ejercicio, adquiere más velocidad de la que necesita; y lo mismo sucede con la lectura. Por tanto, el maestro irá reprimiendo a los que fuera de tiempo se atrepellan, porque aquél, se dice, lee bien que, sin precipitarse, pronuncia limpiamente todas las sílabas y palabras (p. 18).

Para evitar las precipitaciones, se establece un riguroso sistema de exámenes semanales, en los que el alumno tiene la oportunidad de demostrar al maestro que está en condiciones de mudar de «clase». Dichos exámenes deben tener lugar todos los sábados y se especifica detalladamente el nivel que deben alcanzar los discípulos, tanto en la lectura como en lo relativo al catecismo y a la urbanidad (pp. 15, 18 y 21). Para evitar posibles errores de los maestros, éstos deben pedir autorización, antes de cambiar a los niños de «clase», a una persona de rango superior: al Rector o el Vice-rector del Colegio, o bien al sacerdote más antiguo (p. 15).

El corazón del sistema —la pieza clave que pone en marcha el mecanismo y proporciona la energía— es la aplicación sistemática del método simultáneo de enseñanza, cuya naturaleza, exigencias y ventajas respecto del método individual son descritas del siguiente modo:

Tomará (*el maestro*) veinte o treinta muchachos más o menos, a proporción del mayor o menor concurso, los que dispondrá en dos líneas y pareará de suerte que cada uno tenga su competidor o contrario. El maestro a discreción hará que empiece uno, y su contrario tendrá el cuidado de ir siguiendo con la mayor atención las palabras que deletreare, para corregirle siempre que yerre. Y para conseguir que todos estén muy atentos, en medio de la cláusula o cuando mejor le pareciere, hará parar al que deletrea y, de repente, señalará otro, que sin detenerse debe continuar deletreando la palabra que sigue a la última en que paró el primero. El temor de que no los cojan desprevenidos los hará estar muy alerta para no perder ni una sola palabra de las que deletrean los otros. Así, además del grande ahorro de tiempo que se logra por este medio, cada uno de aquellos niños deletreará las cuatro o seis hojas que deletrean todos, en vez de las seis u ocho líneas que ordinariamente se les señalan de lección. Y por aquí se deja conocer la utilidad y ventaja de este método, que puede ya practicarse con los de las tres últimas clases (*de la Escuela de deletrear*). Pero para esto es necesario que todos tengan un mismo libro y dé una misma edición (p. 17).

La ventaja fundamental del método simultáneo es, pues, que permite aprender más cosas en menos tiempo. Dicho método es aplicado en las últimas clases de la «Escuela de deletrear», como se indica en el texto que acabamos de citar, y en la «Escuela de leer», en la que gracias a su aplicación es posible que los alumnos «lean en poco tiempo seis u ocho hojas siguiendo el orden de las clases» (p. 21).

El modelo de organización escolar que hemos descrito está concebido para instituciones en las que la afluencia de alumnos es masiva. Al aplicarlo en escuelas de menor tamaño es necesario introducir retoques:

Todo este plan que va propuesto es practicable en toda su extensión donde las escuelas son muy numerosas, como sucede en Madrid; y demás de la utilidad que seguramente resultará de su práctica, como la experiencia lo ha acreditado, lejos de causar confusión, servirá para poner en orden y arreglo una tropa de 200, 300 y aún más muchachos que suelen acudir a una sola escuela de las tres referidas (*las tres en que se divide la enseñanza de la lectura*). En donde el corto número de discípulos no permite que estén separadas las tres, sino que se hallan todas juntas e incorporadas en una, queda a la prudencia del maestro el acortar el número de clases. Por ejemplo de las siete que se proponen en la Escuela de leer, puede hacer una sola que, por su orden y turno, vaya pasando lo que está señalado para todas siete. Lo mismo respectivamente se dice de las otras (p. 22).

Lo esencial no es, por tanto, cómo se distribuya a los niños en «escuelas» y «clases», sino la progresión de las actividades: que el alumno supere los ejercicios prescritos «sin omitir uno solo» de ellos y en el orden establecido (p. 22), con lo que «no se alterará el método en cuanto a la substancia» (p. 14).

Otro punto esencial es el control estricto del empleo del tiempo por parte de los alumnos y por parte del profesor. Éste último, a pesar de tener que repartir su atención entre las diversas «clases» en que se divide su «escuela», deberá cuidar de que los alumnos «empleen útilmente todo el tiempo que estuvieren en la escuela, y para esto les ha de distribuir prudentemente los ejercicios y ocupaciones, de modo que no se verifique que alguno pase un rato ocioso o mano sobre mano» (p.2).

Una inestimable ayuda en este terreno la constituían los «celadores» o «decuriones» —los alumnos que se encargaban de asegurar la disciplina y el trabajo constante de las diversas clases de una escuela—, cuya labor se describe del siguiente modo:

La distribución que ha de observar en la escuela ha de ser la siguiente. Todos los niños de ella han de estar distribuidos en clases de veinte en veinte, y cada una de éstas ha de tener un Gobernador o cabeza (...). Luego, pues, que toquen a la escuela, se presentarán los referidos Gobernadores, y tomará cada uno el puesto que le toque y, cuando hayan acudido algunos niños de ella, abrirá el Catecismo y leerá en voz alta la primera pregunta que hay en él: *Decid niño etc.*, que hará repetir por orden a todos los que hayan llegado de su clase. Concluida que sea esta vuelta, leerá la respuesta, que irán repitiendo del mismo modo. Continuará así leyendo la segunda pregunta, etc. Y este ejercicio lo hará con tres o cuatro preguntas solamente por la mañana, y otras tantas por la tarde, volviendo a la primera siempre que concluyeren su serie (pp. 17-8).

Finalmente, el método simultáneo y la organización escolar propuesta exigen emplear determinados recursos didácticos y disponer el aula de una manera concreta. En las primeras etapas de la enseñanza de la lectura —hasta que los alumnos comienzan a usar libros— se recurre a carteles que se cuelgan de las paredes (pp. 11-4; 19-20; 22). Hay que procurar, por tanto, que cada una de las clases de que se compone la escuela pueda ver con claridad el cartel que le corresponde, lo que implica planificar cuidadosamente cuál va a ser el uso del espacio disponible, e idear técnicas e

instrumentos que permitan aprovecharlo al máximo. Al maestro de la Escuela de cartilla se le indica, por ejemplo, que deberá colocar a sus alumnos «por los asientos de modo que vayan formando una especie de escalera, subiendo de gradas a proporción que vayan adelantando de clases» (p. 14).

En la «Escuela de escribir» también hay en las paredes carteles con diversos tipos de letra:

Una escuela de escribir viene a ser como una Academia o sala de dibujo donde hay colocados con gran simetría muchos modelos, unos de magnitud natural, otros más pequeños y otros mucho más grandes; y todo esto tiene particular máxima. En los modelos más grandes se registran mejor las perfecciones y delineaciones; en lo que están al natural, se ven cómo son en sí; y en los pequeños, se admira mucho la propiedad y delicadeza de la obra. Por estas mismas razones, convendrá tener colocados con simetría en las paredes de la Escuela de escribir muchos ejemplares grandes, medianos y pequeños de toda clase de letra (...); todo ejecutado con primor y destreza. La mayor letra podrá tener cuatro dedos. Así se ceban los discípulos y aprovechan mucho, y todo cede en crédito de las escuelas y de sus maestros (p. 30).

En la «Escuela de contar» se colocarán también carteles en los que figuren «con números crecidos y bien formados, todas las operaciones fundamentales de aritmética y quebrados, con sus respectivas demostraciones». De ese modo, los niños tendrán «siempre a la vista lo que pueda servirles de guía y excitar su curiosidad y llamarles la atención» (p. 43). A semejante recurso didáctico se añaden dos instrumentos de trabajo comunes hoy en día: la pizarra y el cuaderno.

Delante del tirador, que es un grande lienzo encerado, hará que se ordenen los de una clase formando un semicírculo, y tomando una barrita de yeso mate, escribirá una cuenta en él y se la explicará con la mayor claridad, la sacará delante de ellos y la borrará después con la esponja. Pondrá luego otra de la misma calidad, y se la hará hacer por partes, haciendo que uno diga una y otro otra, hasta que se concluya la operación. Últimamente, borrará sola la operación y, conforme está dispuesta la cuenta en el tirador, hará que la trasladen a un cuaderno que para eso traerán, y les encargará que la saquen para el día siguiente (p. 42).

Un último aspecto que se regula en el *Método uniforme* es el horario de clases. La jornada escolar —de lunes a viernes— es idéntica por la mañana y por la tarde. Comienza con media hora en la que el maestro espera y recibe a los alumnos que, conforme van llegando, se dedican a repasar sus lecciones y a estudiar el catecismo. La «escuela formal» —o escuela propiamente dicha— dura dos horas, en las que cada

maestro se consagra al cometido específico que le corresponde (deletreo, silabeo, lectura, escritura...). Finalmente, se dedica media hora a la enseñanza del catecismo, de la piedad y de la urbanidad, adaptadas a la edad y conocimientos de los alumnos (pp. 15; 18; 21; 31-2).

El horario de la «Escuela de escribir» se determina con más precisión. En la primera media hora, el maestro se dedica a cortar y preparar las plumas de los alumnos, mientras algunos religiosos de la congregación toman la lección de catecismo a los niños de 8 en 8. Después, por espacio de hora y cuarto, los alumnos copian muestras. Por la tarde, mientras trabajan en la última plana, repiten la tabla. En el último cuarto de hora el maestro corrige los trabajos de los alumnos (pp. 31-2).

La mañana y la tarde de los sábados tienen horario especial. En las tres escuelas de lectura casi todo el tiempo de la «escuela formal» —una hora y media— se consume en examinar a los alumnos, con vistas a su promoción a clases superiores y al reparto de premios. La media hora restante se dedica a la enseñanza religiosa, haciendo especial hincapié en la formación moral, y al aprendizaje de la cortesía (pp. 15, 18 y 21). En la «Escuela de escribir» se reparte la jornada matinal entre la explicación de la ortografía y la ejercitación en la escritura, mientras que por la tarde se elige al Príncipe de la escuela. En la última media hora se explica el modo de ayudar a Misa y reglas de urbanidad (p. 32).

Notas

¹ Este artículo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación PS90-0106 «La enseñanza elemental en Navarra 1550-1800» financiado por la DGICYT.

² SCIO, F. (1780) *Método uniforme para las escuelas de cartilla, deletrear, leer, escribir, aritmética, gramática castellana y ejercicio de Doctrina Christiana, como se practica por los Padres de las Escuelas Pías* (Madrid, Imprenta de Pedro Martín).

³ Sobre la figura y la obra de este destacado personaje de la sociedad y la Iglesia española de la segunda mitad del siglo XVIII, cf. *Analecta Calasanctiana* (1961), número extraordinario.

⁴ Se emplean como libros de texto una *Historia de la lengua castellana*, la *Gramática* de la Real Academia Española y un compendio de Historia de España. Para el análisis sintáctico y literario se recurre a las obras de Fray Luis de Granada, y a las «Cartas» [*Letras*] y los *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar.

⁵ El libro contenía: 1) la primera parte del *Catecismo* de Fleury; 2) un capítulo de *De los nombres de Cristo* de Fray Luis de León —el consagrado al «Cordero»—; 3) una selección de las *Cartas* de Santa Teresa de Jesús; 4) fragmentos del *Epistolario espiritual* de San Juan de Avila; 5) la *Introducción a la Sabiduría* de Juan Luis Vives, en la traducción de Diego de Astudillo; y 6) un tratado con las normas de ortografía más simples y necesarias (p. 20).